

EL BALCÓN

2012

MAPA DE LA ZONA



EL BALCON

En una cuadra triangular en cuyo vértice estaba situado el edificio donde vivía, ocupábamos todo el primer piso. Mi cuarto era alargado y estaba al lado del de mis padres.

Ambos terminaban en un balcón de unos tres metros de longitud donde mi madre los días martes, colgaba la ropa para secarla. Desde el balcón se podían ver las dos calles que delimitaban el edificio y un callejón que eran mi mundo, (tenía nueve años y estudiaba el cuarto grado).



En este año, a mitad del año, hacían un examen de suficiencia, si uno estaba bien preparado lo promovían a mitad del año al quinto grado, yo saqué la nota mas alta, pero no me dejaron pasar, porque



era muy pequeño, de manera que quede en cuarto grado y pasaron los que tenían mas edad.

Para ese entonces habían nacido mis hermanos más pequeños, unos morochos, hembra y varón, (Black & White), que fueron colocados en mi cuarto, el cual era bien grande. Yo era el encargado de la vigilancia, cambio de pañales y arreglos de las

orejas del varón, que como era el más pequeño, estas se le deformaban con los cambios de posición. Podría decir que si las tiene bien hoy en día me las debe a mí, (me parece oír la voz de mi mamá diciéndome: “! Ovi, arréglale las orejas a tu hermanito!”). En cambio la hembra era hermosa, todo lo tenía grande, creo que pesaba el doble que el varón. Eso se manifestaba especialmente en el cambio de pañales.

REINA DE BELLEZA

La avenida principal, de solo dos cuadras, se iniciaba en la avenida Andrés Bello. En una de las esquinas estaba la compañía petrolera



“Mene Grande”; en la otra se encontraba un bar llamado “Pacífico”. En este cruce fue donde vi el desfile de una carroza de donde lanzaban caramelos, collares de perlas falsas y otras baratijas. Celebraban el nombramiento de Susana Duijm como la primera Miss Mundo venezolana. Esa fue la primera vez



que la vi; la segunda vez, muchos años después, fue jugando maquinitas en un casino en Margarita. Aproveché la cercanía, puse mi mejor cara y le dije: “yo la conozco”. Me miró como gallina que mira sal y ni una sonrisa, no me contestó. Hasta ahí llegó mi relación con reinas de belleza.

LA QUEBRADA

En la parte trasera del edificio Mene Grande se encontraba una quebrada rodeada por exuberantes matas de Bambú. Decían que cuando esta se desbordaba formaba un pequeño lago, el que le dio el nombre a esta avenida. Al lado de la quebrada se iniciaba la llamada Prolongación de la avenida, la que remataba en la parte de atrás del edificio, de manera que de un lado del balcón veía toda la avenida principal y del otro lado, la Prolongación (ver el plano).



EL CALLEJON

Al final de la avenida se originaba una callejón (no recuerdo su nombre, si es que lo tenía) con casitas, alguna hechas con adobes de bahareque. Al pasar unos cien metros el callejón terminaba en unos solares de tierra. Por la izquierda se llegaba a la avenida Vollmer, con su paseo central lleno de matas de mango de hilacha, y por la derecha el terreno era empinado y le permitía llegar a la avenida principal de Sarría, al lado del cine del mismo nombre.

MARGARITA (india Kariña)

Por cierto los cines cercanos a la casa estaban en la plaza Candelaria, el Apolo y a su lado el Imperial, donde el costo de la entrada era de dos bolívares y por supuesto el cine Sarría, donde la entrada era de un bolívar, pero nos estaba vedado, aunque ocasionalmente asistíamos escondidos acompañados de Margarita, una india Kariña, de la Mesa de Guanipa, pequeña pero fuerte, que ayudaba en la casa. El ahorro nos permitía comernos alguna golosina, especialmente helados, o tomarnos una cola Bidú.



LOS DIEZ MANDAMIENTOS

Y hablando de cines recuerdo cuando en 1956 se



inauguró la sala de cine San Bernardino con una película llamada “Los Diez Mandamientos”. Mi padre nos llevó a los mayores, pero no la pudimos ver porque mi papá formó un zafarrancho por el costo de la entrada que era de diez bolívares. Él decía que no era posible que cobraran a bolívar por mandamiento y así regresamos a la casa. La película la vimos después con dinero que mi mamá nos dio.

NINA LA CONSERJE

En la esquina opuesta a nuestro edificio existía otro edificio de cinco pisos de alto, llamado El Jardín, que era muy especial porque era el único edificio de la zona que tenía una conserje de manera permanente y que vivía en un rancho construido en la azotea, compitiendo con las cuerdas y la ropas que colgaban para su secado, ya que ahí también se encontraban las bateas para las labores de lavado. Nina, que así se llamaba la conserje, también realizaba labores de limpieza en otros edificios como el nuestro. Ella era pequeña, de pelo liso y largo, pero el color de su piel era entre cetrino y aceituno (color de enferma). También realizaba otras encomiendas, de manera que ocasionalmente mi madre me mandaba con alguna misiva a casa de Nina. Generalmente la encontraba sentada en un taburete entre las ropas colgantes, con los pies hinchados y metidos dentro de una palangana con agua y jabón azul. Los talones de Nina eran de los más feos que he visto; tenían unas grietas profundas que recuerdan el cañón del Colorado. “Nina, que aquí le manda mi mamá y que Ud. sabe”. Nunca me enteré de qué se trataba. Si preguntaba me decían que eran cosas de adultos (a todas las personas mayores, yo les decía “señor” o “señora”, pero a Nina solo Nina. No sé por que, pero así era). Me trataba muy bien; en ocasiones me protegía de algunos zagaletos que me buscaban pleito y fue la primera que me dio a beber guarapo (café aguado). En casa me estaba prohibido.

LA NIÑA ASTRID

Entre estos dos edificios existían cinco casas quintas de dos pisos, con un pequeño jardín al frente. En la más cercana vivía Astrid, una niña menor que yo. Ocasionalmente jugábamos en su pequeño jardín. Lo que le gustaba era un juego que llamaba:

“**la estatua**”: uno se montaba en un murito, ella lo jalaba y uno caía y adoptaba una posición en la que debía permanecer. No sé cómo se ganaba, ni qué se ganaba; a mí solo me gustaba estar con ella y que me tomara la mano y me jalara. Un día su mamá nos vio, me miró como si se tratara del diablo en persona, metió a la niña y ya nunca más jugamos. Solo me miraba cuando salían en el carro de sus padres, como diciéndome: “chusma, chusma...” ¿Qué le habrán dicho?



LA FAMILIA KISER

En la siguiente casa vivía la familia *Kiser*, la señora se llamaba Esther, tenía los pies muy grandes, el dedo gordo era gordo, pero los siguientes también y los tobillos no se diga. En esa casa vi mi segundo muerto, el señor *Kiser* había muerto y mi mamá me mandó a darles el pésame: “Buenos días señora *Kiser*, que manda a decir mi mamá, que sentido pésame” y ahí lo vi, tendido sobre una estera blanca en el suelo cubierto con una tela delgada que permitía verlo al trasluz, una vela alumbraba cerca de su cabeza, pero lo que más me llamó la atención era que no tenía zapatos, pensé en robarle unos a mi papá para dárselos, le pregunté a la señora porque no los tenía y me dijo que formaba parte de un ritual judío. En el velorio todos andaban descalzos, yo era el único que los tenía puestos y no pensaba quitármelos, ahí conocí a *Saúl* el hijo de los *Kiser*, fue la única vez que lo vi, me dijeron que no salía porque lo que hacía era estudiar ya que se graduaría pronto de médico.

MI PRIMER MUERTO

Lo vi en la avenida Vollmer. Estaba tumbando mangos de hilacha para mi mamá, que le gustaban mucho, cuando de repente oí un fuerte golpe a mi espalda. Corrí hacia el sitio y ahí estaba, en el suelo, en la acera de un edificio que se encontraba al lado del hotel Potomac, un hombre no sé de qué edad, porque no se le veía la cara. Estaba en una posición rara, todo doblado, pero aún se movía. Pensé dentro de mí: éste como que necesita otro golpe para quedarse quieto. La gente



comentaba que se trataba del esposo de una cantante famosa que se llamaba Rosa no sé qué.

EL SEÑOR JOSÉ Y SU ABASTO

Enfrente de mi casa estaba el edificio Lo-frano. Era un edificio alargado de solo dos pisos, con locales comerciales en la parte inferior y dos apartamentos en la superior. En la planta baja estaba la bodega del señor José y de su esposa. Me tenían consentido porque no tenían hijos y ya estaban muy viejos para tenerlos. Yo entraba como “Pedro por su casa”, despachaba a los clientes y de vez en cuando me comía alguna golosina sin pagar; otras veces me quedaba dormido en un cuartico lleno de plátanos que ponían a madurar con carburo.

Dos veces a la semana tenía que ir a comprar el kerosene para la cocina, ya que mi mamá no quería comprar una cocina a gas, según porque la comida no sabía igual. Con frecuencia teníamos que lavar las paredes por el hollín que ahí se acumulaba. Por cierto que el kerosene se vendía por litros. Había un vaso con esa medida. Se abría la llave de un tanque grande y litro a litro se llenaba el recipiente que uno llevaba. Esto permitía medir cuántos litros se vendían. Esta operación la hacía el Sr. José, pero en mi caso yo lo hacía: abría directamente la llave en el “pipotico” que yo llevaba, lo llenaba hasta el copito y le decía: “¡Sr. José, son 8 litros!”, cuando en realidad el envase decía diez. En otras ocasiones mi mamá me mandaba a comprar otras cosas. La más particular era cuando me enviaban a comprar galletas. “Sr. José, que manda a decir mi mamá que le mande un paquete de galletas y que se lo apunte” y él me daba un paquete que ocultaba dentro de una bolsa de papel. Yo sabía que no eran galletas, ni para qué servían, solo que el empaque decía “Modess”.

MI PRIMER EMPLEO

Cuando Margarita la india que nos cuidaba se marchó porque estaba embarazada, llegó otra muchacha que era colombiana, llamada Bertha. En una de las esquinas del callejón, estaba una colchonería, el dueño que parecía gocho estaba enamorado de Bertha, ocasionalmente él me tiraba papelitos para que se los diera a ella. Mi mamá no la dejaba salir mucho porque era menor de edad y sus padres se la habían encargado. El hombre y la colchonería se le ocurrió la brillante idea de contratarme para mantener el negocio

abierto mientras el salía, claro al Bertha ir a buscarme o con la excusa de llevarme algo de beber, se quedaban un rato hablando.

Desde la colchonería se divisaba toda la avenida principal, de manera que cuando el salía, yo cerraba el negocio, porque me daba miedo que entrara alguien y se llevara un colchón. Apenas yo lo veía enfilar en la Mene Grande, abría el negocio, y le decía: **no vino nadie**.

Un día se apareció caminando por el callejón y me descubrió de lo mas acostado y con la puerta cerrada, hasta ese momento llego mi primer empleo, me despidió y me pago diez bolívares. Corrí con el dinero hasta una quincalla que esta en la calle real de Sarria y fui preguntando que podía comprar, hasta que encontré unos pequeños elefantes de cerámica blanca, que costaban a real cada uno, compre diez y me guarde el resto. Al llegar a mi casa empecé a repartir, uno para mi mamá, otro para la tía catalina, para marianita, la señora Matilde y así hasta el final, mi mamá me pregunto cuanto me habían costado y yo le dije: **a bolívar**, así que atesoré mi fuerte restante en una de latas de leche Klim.

Muchos años después cuando mi tía Catalina se estaba muriendo, me dio como herencia el elefanti-co.

EL SASTRE Y SU PACKARD



Al lado de la bodega había una sastrería. El dueño, que no recuerdo su nombre, tenía un carro marca Packard de esos con un par de asientos en la maleta. Con su hijo tenía una pelea permanente. Un día lo encontré durmiendo en la maleta y lo encerré. Ahí pasó un buen rato gritando.

FAMILIA LOFRANO

En el primer piso de un lado vivía la familia Lofrano, los dueños del edificio. La señora era amiga de mi mamá. Tenía los pies hinchados, como los de Nina o la señora Kiser. Ella fue quien enseñó a mi madre a preparar una salsa para la pasta que ahora es herencia de mi familia. De manera que de vez en cuando tenía que ir a su casa, "Sra. Lofrano, que manda a decir mi mamá que si le puede dar unas hojitas, de esas que se le echan a la salsa y que muchas gracias". La señora tenía unas jardineras en las ventanas donde solo tenían este tipo de matas.



Las cortaba, las embojotaba y me las daba.

El Sr. Lofrano construyó ese edificio con el dinero que se ganó en la lotería. Además compró un botiquín en San Juan, que él mismo regentaba, lo que fue su perdición, ya que se alcoholizó y se decía que había muerto con una cirrosis, vomitando sangre. A este muerto no lo vi, ni me mandaron a dar el pésame.

LA NENA PÁEZ

Existía otro apartamento, más pequeño al lado opuesto, que inicialmente lo ocuparon mis padres recién casados y luego se mudaron al frente cuando construyeron el edificio cuyo propietario era el Dr. Sosa, quien se ocupaba personalmente de las reparaciones del edificio. En ese apartamento vivía ahora la familia Páez. Tenían una hija un poco mayor que yo, a quien conocíamos como la Nena Páez, amiga de mi hermana, de pelo lacio y claro por el uso de manzanilla, con una figura y unos pies delgaditos. Para mí, competía con la reina de la carroza. Yo estaba enamorado, pero ella como si yo no existiera: ni me saludaba.

ESCUELA DE ENFERMERIA

En la parte de atrás del edificio Lofrano estaba un edificio enorme, que era la Escuela de Enfermería. Cuando subía al techo donde estaban las bateas para lavar la ropa, veía a las muchachas estudiantes. En alguna ocasión vi cómo bañaban en una cama, posiblemente de desecho, a un muchacho trastornado que deambulaba por la zona (creo que se llamaba Raúl). Podría decir que estaban practicando el baño en cama, pero hoy sé que más bien parecían pertenecer a la cofradía de las pajilleras de San Juan de Dios del hospicio de Málaga.

LA FAMILIA CELI

En la parte trasera de mi edificio había un pequeño apartamento donde vivía la familia Celi. El padre, de origen peruano, trabajaba haciendo muebles de hierro y lona, los cuales eran muy cómodos. Parecían una especie de chinchorro. El estilo era modernista. Tenían 9 hijos. El mayor de ellos, Germán, se fue a estu-



diar para Alemania. Fue la primera vez que entendí que uno se podía mudar a otro país... y eso que mi padre había venido del extranjero. El segundo de los hijos, más o menos de mi edad, era Vicente. No podíamos jugar juntos porque tenía que ayudar a su papá en el trabajo.

LAS PORTUGUESAS

Enfrente de los Celis estaba una casa en la prolongación, donde vivían tres hermanas portuguesas, las cuales también me gustaban, sin distingos, y yo hacia lo imposible por llamarles la atención. Se hicieron amigas de mi hermana, lo cual fue una alegría para mí. A veces asistían a la casa para jugar con mi hermana. En una oportunidad me invitaron a participar. Construimos con las cobijas una casita y jugábamos a "papá y mamá". Colocábamos las almohadas en el piso y nos acostábamos a dormir, que era lo que nosotros veíamos que hacían los papás; pero para mala suerte, ese día fue a buscarlas su mamá y nos encontró dormidos. Hasta ese día duró la amistad con las portuguesas; ya no las dejaron regresar más.

FAMILIA GUTIÉRREZ

Mis aventuras amorosas no terminaron ahí.



En el segundo piso vivía la familia Gutiérrez. La señora Ernestina tenía dos hijas: Lina, la mayor, y la menor, Ibelice, y un varón pequeño llamado Pablo como su papá. Este trabajaba en la Seguridad Nacional en el Tigre. Muy raras veces lo vimos. Decían en secreto que era un esbirro. De estas niñas conservo un

recuerdo en mi brazo izquierdo y fue cuando Ibelice se enteró de que yo también era novio de su hermana y que la había besado. Le dio un ataque de celos y tomó de una repisa un muñequito de Murano y me lo pasó por el brazo. Debía estar roto, porque me hizo una herida de unos diez centímetros que no debió ser profunda, aunque profundo fue en mi orgullo. Bajé las escaleras corriendo, me apreté la herida y no dije nada. La sangre se detuvo, me amarré un pañal de los morochos y así me quedé. Ese día perdí dos novias de un solo golpe.

EL BOTIQUÍN DE JOSÉ

En la planta baja del edificio estaba un bar que en la puerta decía: "ambiente familiar". Tenía tres ambientes en desnivel, con entradas indepen-

dientes y puertas de vaivén. La primera, cerca de la entrada del edificio, tenía varias mesas y fungía de comedor; el segundo nivel, un metro más arriba, tenía una barra y sillas giratorias fijadas al piso; el tercer nivel, un escalón más alto, estaba exactamente debajo del balcón. No tenía puertas y por ahí se atendía a todo el público. En el bar no permitían la entrada a los niños, solo yo pasaba y no me decían nada, tal vez porque este negocio también era del señor José.

DOÑA MATILDE

Con nosotros vivía mi abuelita Mariana, con frecuencia la visitaba una prima, doña Matilde, y sus dos hijas, "las Correa", que no eran de mi agrado, debido a que en Navidad y para mi cumpleaños solo me regalaban ropa. Me imagino que mi mamá les decía: "a él lo que le faltan son medias o un pantalón".



Doña Matilde era una viejita muy cariñosa. Recuerdo que fue la que le dio los primeros espejuelos a mi abuela, porque a ella no le servían y le habían comprado otros. Fumaba mucho unos cigarrillos sin filtros y yo era el encargado de comprarle los repuestos.

Me daba medio y me mandaba al botiquín de José, que atendía un señor llamado Manuel y yo le decía: "señor Manuel, que manda a decir doña Matilde que le mande medio de cigarrillos de la marca 'Doble Águila y Sport' o 'Camel'". Él tomaba cinco cigarrillos de una gruesa, los envolvía en un pedazo de papel Maracay y le torcía las puntas, tanto que parecía una "sorpresa".

LA CALLE COLOMBIA

Para esta época, mi tío Julio, hermano de mi mamá, le dio a mi abuela una casa que él tenía en la calle Colombia de Catia, era una casita de una sola planta con un pequeño jardín en el frente, en donde había una mata de granadas. Ahí se mudó con mi tía Catalina. Los fines de semana me mudaba con ellas. Tenía un patio en la parte posterior en donde aprendí a montar bicicleta, en una que habían dejado mis primos. Cuando aprendí bien, me aventuré a manejar en las calles y así conocí la calle España, la Argentina, la plaza Pérez Bonalde y el mercado y la plaza Sucre. Además me dediqué a matar moscas usando un periódico doblado, así me hice un experto. En uno de mis viajes al mercado, me regalaron un

gazapo, con el paso del tiempo se fue convirtiendo en un hermoso conejo blanco que bautizamos como Peter Pan. Mi tía tenía además una cría de pájaros y en una de las jaulas nació un turpial con la cabeza hacia atrás (el pájaro Loco), posiblemente por una torticolis congénita, como no se podía alimentar, nosotros le dábamos el alimento directamente al pico, el pájaro fue creciendo y andaba por toda la casa, brincando, ya que no podía volar, un día desapareció y mi abuela me dijo que se lo había comido un gato, pero la verdad es que creo que mi abuela lo pisó y hasta aquí llegó.

El Aseo Urbano, se recogía de manera distinta, los empleados tocaban la puerta de la casa trayendo un pipote de metal, pasaba por toda la casa hasta el patio trasero donde esta colocada la basura en otro pipote, al cual se le colocaban a modo de envoltura papeles de periódico, el vaciaba el contenido en su pipote y se marchaba. Este sistema hacia que existiera un contacto muy personal con la gente de la casa especialmente si el recolector era el mismo. Este era el caso con el señor Juan. “Señor Juan tómese un cafecito o cómase algo” etc.. Un día Peter Pan desapareció, todos lloramos la pérdida, nos dijeron que dejaron la puerta abierta y el se escapo, pero un día de esos cuando venia el sr. Juan a recoger la basura, le dijo a mi abuela, doñita ese conejo nos quedo delicioso, yo pele los ojos y mi abuela con cara de culpable me dijo, se refiere a otro conejo. Se habían comido a Peter Pan, a partir de ahí no comí conejo nunca mas.

EL BARRENDERO



Desde mi balcón observaba muchos personajes que concurrían a la cuadra. El primero de ellos era el barrendero. Era el encargado de limpiar la cuadra, pero no lo hacía bien. Dejaba muchos gazapos. Yo pensaba: cuando sea grande quiero ser barrendero y ya verán lo pulcra que la deajo.

ESCALADORES DE POSTES

En la esquina del callejón habían colocado un poste de metal, el cual estaba sostenido además por dos vientos en otros postes más pequeños. Encima habían colocado unos transformadores y unas cuchillas. Con alguna frecuencia venían y jalaban una y trancaban otras, pero lo interesante para mí era cómo subían los empleados de la luz. Tenían una especie de chinchorro don-



de colocaban los pies y unos mecates que iban desplazando. Lo hacían muy rápido y se quedaban colgando en la parte superior por un buen rato.

EL HOMBRE DE GALIPÁN

Otro personaje era un señor de sombrero de gamuza, de copa redonda, ala ancha y el mismo paltó, bastante sucio. Tenía una carretilla de madera, de bordes elevados, donde traía frutas para el negocio del señor José y en otras oportunidades traía leña. Decían que venia de Galipán.



EL FRUTERO

También estaba el frutero, que era de origen canario. Tenia una camioneta picot (pick-up) a la cual le habían hecho unas pequeñas jaulas de metal y madera a cada costado, lo que además permitía que los clientes entraran por la parte posterior para ver la mercancía. El dinero lo tenía en una cartera al cinto que se abría como un acordeón y con muchos compartimientos.



En las tardes este mismo personaje tenia un carrito tirado por caballos, para pasear a los niños, mi mamá me mandaba a llevar a mis hermanos menores a pasear, yo los montaba con Alberto y me agarraba el dinero de mi pasaje para otros menesteres. No sin antes amenazarlo si me acusaba. Al regresar los llevaba a la casa y le decía a mi mamá: se portaron bien.

LOS ENTIERROS

Recuerdo que en una ocasión bajó por el callejón un entierro. Se trataba de una urna pequeña de color blanco, posiblemente un niño. Venía con unos músicos y cuatro señores lo bailaban más o menos así: dos pasitos para delante y reculaban otro, haciendo en este momento como una genuflexión, como para arrancar de nuevo. En la avenida lo esperaba una carroza fúnebre. Me llamó la atención que nadie lloraba. En contraste con el día que se murió un General que vivía en la Calle Real de Sarria, en la esquina de Paradero, enfrente de mi primera escuela. Era todo un espectáculo: muchas señoras vestidas de negro jipiaban y limpiaban sus lágrimas con pañuelitos blancos; el muerto en su

urna montado en una cureña, jalada por varios cadetes impecablemente vestidos y una banda de músicos. De ahí partió. No sé a donde llegó, ya que yo tenía prohibido pasar de los Laboratorios Palenzona, que estaban ahí.

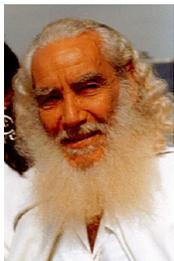
FIFO

Pero el personaje más particular era un hombre de media estatura. Tendría unos cincuenta años, de piel curtida por el sol y pelo hasta los hombros, ondulado y entrecano. Se le notaban las arrugas de la piel. Pasaba tambaleándose, ya que siempre estaba pasado de palos.



Llevaba un periódico doblado en ocho bajo el brazo, creo que era para espantar los perros, que apenas aparecía por el callejón lo perseguían y ladraban. Nunca supe realmente de dónde había salido.

Pero era parte de nuestra vida cotidiana. Mi papá decía que era un hombre muy inteligente, que pasaba seis meses bebiendo y otros seis sobrio, que era tallista y además hermano del “Gran Gurú” (José Manuel Estrada). No sabía su nombre pero todo el mundo le decía Fifo.



Con la intención de molestar a Fifo, estaba perforando con un clavo un bolívar para hacerle un hueco y poder amarrarle un pabito.

Me ayudaba mi hermano tres años menor. Yo le decía “no seas cobarde, agarra ese clavo fuerte, no tengas miedo”. Él temía que le diera un martillazo. En la primera oportunidad que tuve, saqué la



moneda y su cordón y le dije: “¡Fifo toma esta moneda!” y él, dando un brinco, la tomó, partió el cordel y se fue. Perdí la moneda y la diversión, de manera que tomé otra moneda y repetí la operación. Mi hermano Alber-

to me preguntó: “¿de dónde sacas dinero?” Yo le dije que lo tenía guardado. La verdad es que lo había sacado de una alcancía que él tenía. Este hermano era tan pichirre que, como dice el refrán, no orina para que la tierra no chupe. Él guardaba todo lo que le daban en una alcancía que era un globo terráqueo, y mi hermana y yo le sacábamos las monedas usando un cuchillo, en casos de ne-

cesidad. Perforé la segunda moneda y ahora calculé mejor la distancia al suelo. “¡Fifo, toma otra moneda!” y lo hacía brincar como un saltimbanqui. Eso nos parecía gracioso. No había duda de que Fifo tenía alguna preparación, ya que cada vez que hablaba lo hacía en un lenguaje refinado, que no recuerdo bien pero sonaban como poemas.

“Muchacho malcriado,
que no ves a este pobre
hombre sufriendo
por la sed que lo agobia.”

Era algo así lo que decía cuando lo hacía brincar para agarrar la moneda. Entre más hablaba en ese lenguaje raro para mi edad, más risa nos daba. Recuerdo otro incidente en el cual los morochos tenían hambre al mismo tiempo y empezaron a llorar. Claro, mi mamá le daba de mamar a uno y la otra tenía que esperar. El encargado de cargarla era yo, pero parecía que el hambre era mucha. No quería esperar y seguía llorando. Fifo, que se encontraba en la acera, grito:

“Mala mujer,
que dejas que un niño llore por hambre,
dale la teta, mujer ingrata,”
y otras cosas más.

En una oportunidad a mi hermana se le cayó un gancho de madera de esos que se usan para aguantar la ropa que se está secando y por mala suerte le cayó a Fifo en la mano. Este inmediatamente subió las escaleras y le dijo a mi madre: “Del cielo ha caído un gancho de ropa que a Uds. pertenece se ha posado en mi dedo y me ha causado un gran dolor, lo que me imposibilita para trabajar, por lo que requiero una compensación.” Este incidente le costó diez bolívares a mi mamá y un regaño para mí, porque yo era responsable de todo lo que sucedía. Y mi hermana... bien, gracias.

INCIDENTE EN EL BALCON

En un rincón del balcón, entre el pretil y una columna, había un pequeño espacio donde apenas entraba y eso que yo era como un silbido. Desde ahí trataba de ver a las portuguesas, así que me alcé un poco para verlas y cuando traté de bajar quedé atorado, de manera que no podía salir. Los pies no me llegaban al piso. Traté de elevarme de nuevo pero no pude. Grité, llamé a mi mamá, pero el ruido de la calle impedía oír mi voz.

El señor José no me podía ver. Manuel, no escuchaba. El único que estaba cerca era Fifo. No me quedó más recurso que acudir a él: "¡Fifo!, ¿me puedes hacer el favor de tocar a la puerta del apartamento y decirle a mi mamá que estoy atorado en el balcón?". No dijo nada, lo vi desaparecer. Al rato llego mi mamá y me sacó del atoro. Me castigaron. La verdad, no sé la razón.

Días después vi de nuevo a Fifo. Venía medio corriendo y gritando "¡soy un hombre nuevo! Me voy para México con mi hermano, para iniciar una nueva vida".

El me vio en el balcón y me dijo: "joven, vea Ud. que el mundo es redondo. Uno nunca sabe quién lo puede ayudar. Recuerde que una mano lava la otra. Dedíquese a hacer el bien y deje las maldades". Por primera vez me pareció que estaba sobrio. Dio media vuelta y desapareció por el callejón. No lo vimos más. Parece mentira pero ese fue un consejo que tal vez marco mi vida.

!Gracias Fifo!.

El quince de noviembre termina esta historia, al cumplir diez años.

DÉCIMO CUMPLEAÑOS

Ese día, me hicieron una torta que la picarían cuando llegaran mis primos, Víctor Manuel, Richard y la Nena, acompañados por la señora Marina madre de éstos, siempre con lentes oscuros (decían que era porque tenía los ojos de colores diferentes y eso la apenaba) y con un tono de voz tan particular, que era muy fácil reconocerla aun estando de espaldas, casada con un oficial de la Guardia Nacional de apellido Gamboa.

También estaba mi tía Catalina mi abuela Mariana y Maruja, una señora colombiana amiga de mi mamá, que era madrina de mi hermana. Recuerdo que trabajaba haciendo medias de nylon en una compañía llamada Marlene. Era muy educada y siempre hablaba tan bajito, que casi nunca entendía lo que me decía, yo siempre le respondía que sí.

Y las infaltables: "Las Correa"

Así fueron todos los cumpleaños que yo recuerdo, nunca había piñata, jugábamos un poco y yo abría mis regalos, una medias, una camisita y un pantalón, nunca un juguete, comíamos torta y gelatina y eso era todo.

MI TÍO RAÚL

Para esa época vivía con nosotros mi tío Raúl, un hermano de mi papá que había venido de



Puerto Rico y trabajaba en la compañía de chicles Adams, cuando regresaba del trabajo traía unas cajitas que contenían dos pastillas, disfrutaba comiéndolas, aunque a mi mamá no le gustaba, porque eso picaba los dientes.

En esa época mi papá trabajaba mucho en el interior del país, de manera que regresaba los fines de semana. Ahí empezaba un concurso de dormir, mi papá y su hermano, dormían día y noche, solo se levantaban para ir al baño y comer. Esos días eran interminables, ya que no se podía hacer ningún tipo de ruido, mi mamá nos decía: "esta durmiendo su padre" y punto. Solo me quedaba escaparme y reunirme con mi pandilla.

Al poco tiempo mi tío se mudo para Maracaibo.

LA PANDILLA

Pertenecía a un grupo que era de Sarría,

donde era el más pequeño, ocasionalmente me mandaban a buscarle pleito a personas mayores, o tirarle alguna piedra a unos portugueses que tenían un abasto en la avenida Vollmer y entonces aparecían los demás con el pretexto de defenderme, con frecuencia terminaba a puños. Esta pandilla, siempre estaba en conflicto con otra de San Bernardino, que se reunía en la Plaza la Estrella al lado de la quebrada Anauco que por ahí transcurrir, se reunían las dos bandas y inmediatamente empezaban los insultos y a pelear se a dicho, como era el más pequeño yo solo veía y no participaba en la reyerta.

En los días de carnaval me iba con ellos para un templete que montaban en la plaza Urdaneta, era una explanada donde quedaba la jefatura y solo en el medio la estatua del prócer; quedaba al lado de la plaza Candelaria. La gente estaba apiñada, no había espacio para nada, algunos bailaban muy pegaditos y casi no se movían, solo movimiento de cadera; muchos estaban disfrazados y abundaba el disfraz de negritas, con ellas había que tener cuidado porque algunos "hombres" los usaban.

EXPERIMENTAL VENEZUELA

En mi primer día en quinto grado, me lleve una sorpresa al encontrar de nuevo a mis compañeros que habían sido promovidos en el examen de suficiencia del cuarto grado, los habían aplazado.



Estudiaba en la Escuela Experimental Venezuela, situada en la avenida México, al lado de la plaza Morelos. En esta escuela no sonaba un timbre para finalizar la clases, el director ponía una música clásica y por el micrófono decía el nombre y el autor, se debía escuchar por unos cinco minutos y luego salíamos al recreo.

Frente a la escuela estaba un edificio de unos cuatro pisos de alto, y un semisótano, que tenía

unas ventanas al ras del piso y como metidas en un nicho, donde era posible meternos sin ser visto por la gente que deambulaba por la acera. Ahí veíamos como los policías torturaban a unos individuos, cuando nos descubrían venían los “pata blanca” y nos sacaban. En general trataban bien a los estudiante, inclusive los días jueves al salir de las actividades al mediodía, pasábamos el túnel que permitía cruzar la calle y subíamos por una puerta lateral hasta la azotea, donde nos daban libros de cuentos, lápices sacapuntas, gomas de borrar etc.

En esta escuela funcionaba una república, donde habían elecciones y se elegía al presidente y todos los cargos que existían en el país, el cargo mas deseado era de Cuerpo de Seguridad, ya que tenían la potestad de impedir el paso de un pasillo a otro y hasta te castigaban, abundaban los abusos de ese poder, yo salí electo como Juez y usaba una insignia circular que tenia una balanza, ante mi se presentaban los casos y yo tenia que decidir el castigo o no, generalmente los castigos eran planas y lecturas de libros, en los casos graves debían permanecer una hora más, la sentencia era: “Para la cárcel”, esta actividad era supervisada por un profesor, para impedir excesos, quien además era el encargado de poner la tarea, para ser ejecutada en esa hora.

LA SEÑORITA FERRO

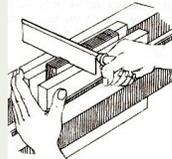
En la planta baja estaba la enfermería que manejaba la señorita Ferro, ese sitio despedía un olor particular, que apenas lo sentía me dolía la barriga, así que evitaba pasar por ahí. Además era la encargada de los planes de vacunación, los compañeros decían que la señorita lanzaba las inyectadoras, la verdad era, que las agujas no tenían filo y había que hacer mucha presión para meterlas, hacíamos una fila frente a la enfermería, de donde se veía como salían llorando los compañeros, de manera que al entrar ya estaba uno bastante asustado, con ganas de salir corriendo, pero ni modo era obligatorio.

CARPINTERO Y ENCUADERNADOR



Este era un colegio de turno completo, mañana y tarde, en las mañanas era la parte académica, y en las tardes, des-

pués del almuerzo, que yo hacía en mi casa y otros lo hacían en el comedor de la escuela, habían actividades diversas, los varones hacíamos imprenta y carpintería, y las niñas, costura y cocina, al final del curso le daban a uno un certificado de aprendiz. En las clases de carpintería, era fino, aprendí hacer corte en escuadra y hasta gavetas en cola de milano, mi profesor se llamaba Mejías, era muy gordo y pecoso, años



después lo vi en la televisión enseñando manualidades. En la imprenta aprendí a manejar la guillotina y a usar las prensas para encuadernar, usando aguja e hilos.

EL ARTISTA (CUATRO, CANTO Y BAILE)

También había otras actividades como canto, baile y ejecución de instrumentos musicales, era obligatorio tocar arpa, cuatro o maracas, yo me fui por el cuatro, como la mayoría, pero no pase de *Compadre Pancho* en clave de sol.



A mi siempre me gusto cantar, de manera que opte por un cargo en la coral, que dirigía el profesor Chacón, hice mi cola, hasta que me toco la prueba, el agarro unas llaves, hizo una secuencia de sonidos con estas sobre el piano, me las dio y me dijo reproducíalas, yo las tome, hice lo que me mandaron y fui rechazado, me dijo tu eres sordo musical. Un día que el director no estaba pusieron a un profesor suplente y yo ni corto ni perezoso, me metí en el ensayo, comenzamos a cantar el himno y de repente el suplente paro el canto, se dirigió a mi, y me dijo:

!Tu, salte!, desafinas. También intenté ingresar al cuerpo de baile, me gustaba porque no hacían prueba, así que entre. Estaba dirigido por una bailarina profesional, llamada *Steffy Stahl*, ensayamos un baile que se llama “los negritos de San Pedro”, al terminar el baile la profesora me dijo que no era bueno para bailar, ya que no tenia coordinación, y ahí termino mi vena artística.

GENERAL MARCOS PEREZ JIMENEZ

Mi última oportunidad estaba en la ban-



da de guerra, se necesitaba alguien que tocara la lira y el tambor mayor para lo cual no tenía tamaño, había además oportunidad con los pífanos, cornetas y redoblantes, unos mas grandes que se tocaban con un mazo y los mas pequeños con baquetas de madera, probé de todo y fracase en el intento, lo único que podía hacer era marchar detrás de la banda. Ese año la banda de guerra fue invitada a la inauguración del Paseo los Próceres, nos colocaron en fila en el borde de la acera, esperando la llegada del presidente de la republica: **Marcos Pérez Jiménez**, algunos de los que se apostaron detrás de nosotros entonaban una canción que decía:

General Marcos Pérez Jiménez
 Presidente constitucional
 Elegido por el pueblo
 Para orgullo nacional.

Al llegar el general, se apeo del carro y caminé hacia nosotros y nos dio la mano a varios de nosotros incluyéndome, era gordito y pequeño, tanto que yo creía que era mas alto que el.

JUEGOS TIPICOS



Ocasionalmente venían algunas personas para enseñarnos a usar el trompo, el yoyo y la perinola.

Lo del trompo nunca lo aprendí, pero si era bueno con el yoyo rueda libre, donde hacia el "perrito", "la vuelta al mundo" y el "columpio" entre otras. En perinola era aun mejor, gane en los concursos que participe, nadie quería competir conmigo o me ponían condiciones como no puedes doblar las rodillas o no tocar la cuerda etc.. Pero en las tardes al salir, jugaba a las metras:



pepa y palmo, huequito y rayo, llegue a reunir con las metras ganadas, varias latas de leche Klim, que luego pase a una funda de almohada y la escondía en mi closet, ahí tenía metras corrientes,

"bolondronas" y las "juguitas". A muchos no le gustaba jugar conmigo porque yo y que hacia "pujinche".

EMIL FRIEDMAN

Mi hermana estudiaba en un colegio particular de monjas y en las tardes recibía clases de piano, por esto se le ocurrió a mi mamá meterme en clases de violín, Y así poder hacer un dúo de música clásica, hablaron con el profesor: *Emil Friedman* del "Kindergarten Musical", yo ya me veía como "Toby" el de la *Pequeña Lulú*, caminando con su violín. El profesor me hizo algunas pruebas musicales, y le escribió una nota a mi mamá diciéndole que no perdiera su tiempo conmigo, que yo no había nacido para músico.

MI HERMANO ALBERTO



Al colegio también asistía mi hermano menor (Alberto), el cual para esta fecha todavía tomaba tetero, de manera que yo llevaba el biberón en mi bulto, durante el recreo, tenía que ir al baño, donde nos encerrábamos en uno de los cubículos para que el se tomara su tetero, yo creo que le quite la costumbre de tomarlo, a fuerza de los golpes que le daba para que se apurara, y así no perder el recreo.

MI AULA DE CLASE

En mi salón como cosa curiosa había tres pares de morochos, las morochas *Cordido*, los morochos *Machado* y los otros que no recuerdo su nombre. La compañera mas llamativa y que me gustaba se llamaba *Elizabeth Bochenet*, de origen judío y que solo se reunía con los de su misma religión. Cuando me tocaba juzgar a Elizabeth, por alguna falta cometida, siempre le aplicaba el menor castigo posible.

La muchacha que era la Reina del colegio, era una morena clara, alta para su edad, estudiaba un año superior al mio, se llamaba *Julieta Sánchez*, (años después la encontré en un cafetín, tan bonita como antes, yo le dije hola Julieta como estas. Lo primero que me dijo: ¿quien eres? Yo le recordé que habíamos estudiado en el mismo colegio, claro ella nunca compartió conmigo, en cambio yo hasta soñaba con ella, tomamos café, nos pasa-

mos los números telefónicos, que nunca usamos).

CERVECERIA CARACAS

Al salir del colegio después de mi castigo habitual, partía para mi casa, primero pasaba por el patronato de San José de Tarbes, doblaba la esquina y llegaba al edificio *Colimodio* que quedaba en la otra esquina, tenía un pasillo de entrada dividido por unos cordones rojos, un lado era la entrada y la otra la salida, al final del pasillo estaba una puerta de vidrio eléctrica que se abría con el movimiento, corría hasta el final para abrirla, luego salía corriendo para evitar que el vigilante me agarrara, cruzaba la calle, donde estaba el estacionamiento de unos camiones que repartían la cerveza Caracas, un poco más adelante, estaba la fábrica, con grandes vidrios para que la gente mirara el proceso de envasado de la cerveza, completamente mecanizado, era una escena que lo dejaba a uno embobado por un rato.

LOS MUERTOS DE ROBERTO

Al partir de la cervecería, cruzábamos la calle con mis compañeros William, Roberto, y Enrique ahí se encontraba un edificio en ruinas, que fue la estación del antiguo tranvía de Caracas. La gente decía que salían muertos, Roberto que parecía experto en cosas de espíritus, nos decía que cuando a uno le sale un muerto, lo que quiere es decirnos donde estaba un entierro, si uno no decía las palabras correctas el te asustaba, por el contrario si decías las palabras correctas, uno se ponía en el botín. Se debía decir: **“De parte de Dios que deseas”**, casi todos los días entrábamos buscando el muerto, diciendo en coro: de parte de Dios que deseas, pero nunca nos apareció. Roberto nos explicó, que los muertos solo salen a las doce de la noche, de manera que perdimos el entierro y los planes que teníamos para gastar el dinero.

Una cuadra más adelante estaba la avenida Andrés Bello en la esquina donde había visto a Susana, al cruzarla estaba la Mene Grande y ya estaba en mi territorio. En esas dos cuadras tardaba unos veinte minutos más, saludando a los conocidos, al llegar a la casa, mi mamá me preguntaba porque había tardado tanto, la culpa siempre era de la señorita Malavé y sus castigos. A Roberto lo sacaron del colegio o se lo llevo un muerto.

LA PELEA

Un día peleamos William y yo, no se por que, yo me puse una pajita sobre mi hombro derecho y le dije si me la tumbas es como si me hubiese mentado la madre, yo me quede mirando la pajita a ver si me la tumbaba y William me dio un golpe en el ojo derecho por que el era zurdo, y salió corriendo y se metió en su casa, yo le dije: ¡deja que te agarre!

Al llegar la casa tenía el ojo hinchado y al día siguiente estaba morado, el fin de semana cuando llego mi papá, me preguntó que me había pasado, yo le conté y el me dijo: tu como eres gajo y sin más, me dio un par de correazos, de esos que pican, y me recalcó: tienes que buscarlo y arreglarlo.

William era más pequeño que yo, así que no me quedo más recurso que buscarlo, me metí una piedra en la mano para darle más duro, le di una soberana paliza, tanto, que debo haberlo golpeado con la piedra y le saque los dos incisivos frontales, tome los pedazos de dientes y se lo lleve a mi papá, como quien lleva un trofeo, nuevamente me castigaron y me dio mis dos correazos correspondientes.

Semanas después de esta pelea me atrapó el papá de William, me llevo a su casa y nos amarró con un mecate, los dos junto cara a cara y nos dijo, hasta que no hagan las paces no los suelto, no nos quedó más recurso que hacer las paces. Meses después cuando el me veía, abría la boca y se sacaba una planchita con dos dientes, nunca más pude ser amigo de el, realmente me tenía apenado, afortunadamente los dientes eran de leche, y la planchita era para mantener el espacio, debido a que tenía un retardo en la muda, de manera que le hice un favor.

Para esa época, habían metido al colegio un primo llamado **Javier** que estaba en primer grado, pero era muy peleón, cuando salíamos estaba esperándome y me decía primo pégale a este, que se metió conmigo, y nuevamente, había otra pelea, no se como no termine de boxeador.

LA SEÑORITA MALAVÉ

Mi maestra era la señorita Malavé, que además era la tía de un compañero de estudio, Pérez Pablo. Ella era morena, un poco rechoncha y se pintaba las cejas como unos cachos, no se si

era que no tenía o se las afeitaba, me parecía una diabla. Con ella tuve muchos problemas, porque yo decía que lo hacía era repetir y que por eso estaba loca, cada vez que me preguntaba, yo le decía: ¡No le voy a contestar, porque Ud. esta loca lo que hace es repetir! esto motivo que prácticamente estuviese castigado todos los días y tenía que quedarme retenido una hora mas. Como Pérez Pablo se iba con su tía el también tenía que quedarse, esto trajo como consecuencia que mi compañero ya no me quería como amigo. El colmo fue que le dije, que no contestaría ninguna pregunta aunque me castigara todos los días, llamaron a mi representante y le plantearon la necesidad de que me viera un psicólogo.

EL PSICOLOGO

Acudí a la cita con el loquero y me aplicó varios test, incluyendo uno que consistía en pintar un árbol, lo pinte como me gustaba. El psicólogo le dio mucha importancia a esta prueba en particular, aunque en las otras que me hicieron, casi no conteste nada, solo le hacia dibujitos marginales, le dijo a mi mamá que yo no progresaría en los estudios, que tenía algo muy grave: ¡fíjese señora, que pinto un árbol sin hojas y además se le ven todas las raíces, el no sabe cual es la tierra y cual es el cielo, porque el dibujo se veía igual si lo



ponía "patas arriba" o "patas abajo". **!El va a necesitar una escuela especial!**, pero como esas escuelas no existían, me dejaron en el mismo salón, con la señorita Malavé, ella ya no me pregunto mas de manera que yo podía

hacer lo que quisiera.

EL BRUJO Y EL ESPIRITU BURLÓN

Mi mamá le planteo el problema a una amiga mayor llamada Isabel Michelena que a su vez era la mamá de las Sra. Marina Gamboa, me llevaron a su casa que quedaba en Maripérez, ahí en el garaje de la casa estaba un señor mayor con el pelo completamente blanco de barba larga y ojos azules, que me dijo: Joven siéntese en ese taburete,



estaban mi mamá y su amiga Isabel, cada una con sendas velas, el señor dijo que lo que tenía era un espíritu burlón, que había que hacer un trabajo, prendió las velas y me puso una mano en el pecho y otra en la espalda y hablaba y decía cosas raras, en un momento me dijo reza un Padrenuestro, yo hice como si lo decía, era que no me lo sabía bien, me preguntó si sentía que algo salía, yo no sentí nada, pero le dije que si, para que me dejaran en paz, luego se fumó un tabaco y me pasaba unas ramas por la cabeza. Regresamos a la casa y mi mamá me preguntó como me sentía, le dije que bien, ! Pero la señorita Malavé sigue estando loca.

EL EXAMEN FINAL

Y llego el día del examen final, se hacían tres pruebas, una escrita, una práctica y la oral, las cuales eran eliminatorias El jurado estaba integrado por mi maestra , una del sexto grado y el



director del plantel, el profesor Chacón. La prueba escrita la corrigió el director y solo se que pase, Salí bien en el dibujo, ya que había aprendido con mi amigo Enrique, que realmente era una artista así que también pase y

llego el momento del examen oral, nos pasaban de tres en tres, y el profesor nos dijo , yo voy hacer una pregunta y el que la sepa levanta la mano, yo levante la mano de inmediato , el profesor me dijo, la levantas cuando yo haga la pregunta , le conteste: **!cualquier pregunta que Ud. haga, yo me la se!**, sacaron a los otros compañeros y me cayeron a preguntas y todas las conteste, la señorita Malavé, me miraba con rabia, creo que las cejas se le pusieron mas largas, el profesor dijo, que es lo que pasa con este joven, que hasta al psicólogo escolar lo llevaron, se dirigió a mi y me preguntó, que es lo te pasa con tu maestra y le dije: !ella lo que hace es repetir y así no se puede aprender, yo me leo todos los días mis libros, por lo que no me hace falta la clase. La señorita Malavé se dirigió a mi madre y le dijo: con permiso, y me dio soberana cachetada, no lloré aunque me dolió.

Así pase al sexto grado . Pero el colmo fue que mi mamá compro una orquídea natural dentro de una

cajita plástica y me dijo: llévale esta orquídea a la señorita Malavé y le pides perdón, ella vivía en San Agustín del norte, yo sabía cual era su casa, toqué la puerta, ella abrió y le dije: ¡que aquí le manda mi mamá!. Y me fui.

EL FINAL CON LA SEÑORITA MALAVÉ

Como 15 años después, venía caminando del puesto de socorro de Salas donde trabajaba, cuando de repente la vi, no había duda, era ella, la reconocí por las cejas, estaba bastante viejita, caminaba como renqueando, la fui arrinconando en un ángulo entre la pared y una columna, en el antiguo ministerio de educación, en la equina *Del Conde*, me le pegué, y no la dejaba salir, la apreté contra la pared, bajó la cabeza y me dijo, no me hagas daño, soy una mujer indefensa y no tengo dinero, yo no hablaba, así pasaron varios segundos, levantó la cara con miedo que se le notaba, me miró por unos segundos y de repente me reconoció, me llamo por mi nombre, y empezó a besarme, yo la abrase, la levante del piso, hablamos un rato, me preguntó de mi vida y se la conté, después se fue y no la vi mas, supe que había muerto años después.

SEXO GRADO

Al llegar al sexto grado, lo primero que vi fue a la maestra, era todo un espectáculo, no muy alta de pelo castaño, y unos ojos verdes bellísimos, lo que se veía de las piernas eran perfectas y se protegía los zapatos con unas polainas transparentes cerradas con unos gafetes, de esos circulares. Al llegar se quitaba los protectores, me imaginaba que tenía unos pies perfectos.

Yo no oía nada, solo lo que hacia era verla, creo que se me salía la baba. Se llamaba: **Laura Amelia Robles**.

Para esos días por primera vez, suspendían las clases por lo menos dos días cada semana. En la casa decían que las cosas no estaban bien, que no se sabían que estaba pasando, la programación de la televisión fue alterada y con frecuencia hablaba un miembro del gobierno o ponían la música de una película de Charles Chaplin que el mismo compuso, que se llama "**Candilejas**", y era la música que le gustaba al General, que la ponían como para dar la sensación de que todo estaba bajo control, pero esto generaba un efecto contrario, ya que la gente decía, así estarán las cosas

que lo que se escucha es la música del General. En el mes de enero habían suspendido las clases por mas de una semana y le pregunté a mi padre y me dijo que la razón era la cercanía con la **Seguridad Nacional**. La verdad era que cuando teníamos clases, veíamos meter pertrechos, cajas, alimentos etc. eliminaron los días jueves en la azotea y cerraron el túnel.

Se corrían muchas bolas, que se había alzado no se quien. Un día que había fuego en la seguridad, como ese edificio se veía de la azotea del nuestro subimos hasta allá con mi papá y efectivamente salía humo del edificio, estábamos contemplando, cuando tres disparos pegaron en el tanque, alguien nos disparo e inmediatamente bajamos hasta la casa.

OTRA VEZ LAS CORREA

Las clases fueron suspendidas de manera definitiva, yo solo pensaba que no vería mas a mi maestra y así fue.

Las amigas de mi mamá, Concha y Esther Correa, le dieron la idea de que lo mejor para mi era meterme interno, en un colegio donde estudiaba un sobrino de ellas, y que no habían perdido ni un solo día de clases.

SANTO DOMINGO SAVIO

Se trata de un colegio bastante caro para mis padres, que no tenía bienes de fortuna, pero hicieron el sacrificio y termine interno en el colegio Santo Domingo Savio en los Teques.

Este era el antiguo Liceo San José, el cual fue fundado en los Teques en 1912, por el doctor Jesús Arocha, conocido como "El Tigre". (porque usaba unos bigotes al estilo de los que usaba el francés George Clemenceau, apodado "El Tigre") era médico de profesión y educador de oficio, quien incurrió en la política apoyando al "mocho" Hernández, al fracasar este, el Dr. Arocha decidió dedicarse por completo a la educación.

Se cuenta que en 1928 un alumno del liceo fue aprehendido por la policía y el Dr. Arocha acudió para sacar de la cárcel a Miguel Silvio Sanz que así se llamaba. Durante la discusión con el gendarme le dio un derrame cerebral que dos años mas tarde terminaría con su vida (1930). En 1936 el liceo en malas condiciones económicas fue vendido a los padres salesianos. El primer director fue el padre Isaías Ojeda, conocido entre los alumnos como el

“loco Ojeda”. Esta información nos era dada apenas entramos, era como el pedigrí del colegio. En este liceo estudiaron entre otros: Arturo Uslar Pietri, Miguel Otero Silva, Espíritu Santos Mendoza, el padre Rosalio Castillo Lara, el sobrino de las Correa y yo.

Al construir el nuevo liceo San José, la estructura vieja con una construcción adicional moderna, fue bautizado como el colegio Santo Domingo Savio, Los dormitorios eran tres grandes galpones uno para los mayores y otro para los medianos y otro para los mas chicos, cada estudiante tenia una cama rudimentaria y un pequeño escaparate para la ropa, en cada extremo estaban los baños; cual seria mi sorpresa cuando los vi, no había pocetas, solo una plancha de metal con un hueco en el medio y un sitio donde apoyar los pies, no sabia como usar eso, pero aprendí a través del ensayo y error y la urgencia de usarlo.

Las camas debían ser tendidas de manera perfecta, si no en la inspección se la desbarataban y uno tenia que tenderla de nuevo, esto era algo que nunca había hecho en mi casa

El comedor era otro galpón, las mesas eran para diez estudiantes, los de la punta era los *decuriones* y eran responsables de la disciplina.

Pero lo peor estaba por venir, en un carro metálico venían los platos con la comida servida, montados unos sobre otros, eso me daba asco.

Por lo que a partir de ese momento y hasta terminar los estudios me alimente con dos panes de a puya, agua que colocaban en la mesa y ocasionalmente Spam, que mi mamá me traía, yo le contaba a mis padres y ellos decían que eso era invento mio para que me sacaran del internado.

Las aulas de clase estaban en la parte moderna y frente al edificio una gran explanada, limitada al fondo por un muro de concreto, a medio construir y que limitaba la calle que llegaba hasta el liceo San José (mi próxima parada). El primer día de clases me lleve la sorpresa al encontrar como primer chicharon a Pérez Pablo, también lo habían metido interno. Nunca fuimos muy amigos, a pesar de haber estudiado juntos desde kínder hasta terminar la universidad.

LOS CORRECCIONALES

En los extremos del muro que estaba por terminar, permitía escaparnos, cruzar la calle y descender unos quince metros hasta el rio San Pedro, al otro

lado estaba el Instituto de Reorientación. Era un contraste interesante, ya que podríamos decir que el rio San Pedro separa los correccionales de los ricos y el de los pobres.

LA SEÑORITA BERRIZBEITIA

Un día un compañero de apellido Berrizbeitia, se cayó por el muro hacia la calle y se cortó la cara, con una cabilla que sobresalía, acudí a su rescate y entre varios lo subimos y lo llevaron de urgencia al policlínico donde fue suturado, no con muy buenas artes. Era herida lo acompañaría toda la vida.

En agradecimiento un día me dijo que lo acompañara en su visita del domingo y ahí conocí, a su hermana; quien era mas bonita que Elizabeth, que la nena Páez, que las Gutiérrez y Laura Amelia Robles juntas. Me invitó para una fiesta en las vacaciones, no podía ni hablar, además tampoco sabía que decir, de manera que solo me quedo el recuerdo.

EL TRINEO DE TIERRA

En una oportunidad un borracho chocó su carro contra un árbol, dejó el carro abandonado y ahí permaneció mas de una semana. En una de las correrías por el rio y en comandita con los escapados del correccional decidimos quitarle el capó, y con el hicimos un trineo, tomábamos agua del rio la derramábamos en la parte alta, nos montábamos por turno dos o tres y otro empujaban, al agarrar la bajadita, rápidamente llegábamos al rio, el que quería montarse debía subir el capó, jalándolo con un mecate. Como a los quince días llegó el propietario y se formó un escándalo, porque no solo le habían quitado el capó, los vecinos de un barrio aledaño habían desmantelado el vehículo, el dueño pretendió que el colegio le pagara la reparación. El Prefecto de Colegio, reunió a todos y preguntó quien había desmantelado el carro, yo levanté la mano y les dije: **los del correccional**, y así quedó la cosa.

LAS GLORIAS DE ESPAÑA

Las clases eran impartidas por sacerdotes españoles o italianos, el peor era el de castellano que insistía en que aprendiéramos de memoria parte de las “Glorias de España”, creo que escritas por Marcelino Menéndez Pelayo. Como tenia buena memoria, me fue fácil recordar una buena parte,

tanto así que al final de año me dieron una medalla de literatura.

LAS BARRAS PARALELAS

El compañero de mayor edad del colegio, se llamaba Prospero, levantaba pesas y sus padres habían donado una barras paralelas, en donde el hacía sus ejercicios, era el único que sabía como hacerlos, el resto solamente podíamos montarnos hasta los hombros. En su visita siempre venía una artista muy conocida, llamada Amalia Pérez Díaz, los compañeros decían que Prospero era el novio de su hija.

OTRA VEZ LAS METRAS

Mi mayor distracción durante los recreos era nuevamente las metras, un compañero ponía dos metras juntas al final del fleje que divide el granito, uno se colocaba a dos trancos de los flejes del granito y disparaba, si pegaba, se ganaba las dos metras, pero si fallaba perdía esa metra, yo observaba a los compañeros y casi todos fallaban, me di cuenta que lo que pasaba era que el disparo se inicia sobre el fleje y debía tener algún defecto que desviaba la metra. De manera que yo ponía la metra un poco fuera de la línea que marcaba el fleje y usando la técnica de "uña", fui acumulando una buena cantidad de metras, al punto que ya no me dejaban jugar y pase a ser del grupo que ponía las dos metras y así gané mas, ya que obligaba a poner la metra sobre el fleje.



FIN DEL CURSO

Y se terminaron las actividades docentes, se trataba de la graduación del sexto grado, la verdad que los acontecimientos del país nos eran completamente desconocidos, ya que no teníamos radio ni televisión como informarnos.

En el acto final repartieron chapitas (medallas) a prácticamente todos, yo recibí como tres incluyendo la de literatura, que era el que mas risa me daba, ya que de la materia no sabía nada, pero si las Glorias de España.

Conocí algo de religión, debido que mis padres no

eran practicantes, es mas mi papá decía que era ateo. Conocí a la María Auxiliadora, a Don Bosco y a Domingo Savio, con frecuencia nos hablaban de la vida de los santos.

Si me preguntan yo diría que trataban de estimular la vocación sacerdotal, ninguno de mis compañeros cayó.

Pero éste contacto con la religión me hizo pensar un poco en el rumbo que estaba dando a mi vida.

VACACIONES

Regresé para las vacaciones al final del curso, las cosas habían cambiado, la familia de Astrid se mudó, posiblemente para un sitio de mayor categoría, el señor José se mudó una cuadra mas abajo

Yo también había cambiado, ya no me interesó el balcón, ni las portuguesas; las hijas de Ernestina, se habían desarrollado y eso se les notaba, ya no recordaban el beso ni la herida, la pandilla ya no se reunían en la esquina, solo se que "el cucaracha", el jefe de la banda estaba en el centro de reorientación en los Teques, de los otros no supe nada.

El gocho de la colchonería se había fugado con Bertha, yo estaba en mi cama metido en mis pensamientos. Tomé mi cuatro, que estaba siempre desafinado, se supone que debía decir "cam-bur pin-tón y al revés hi-pó-cri ta", mi cuatro decía otra cosa como si fuera en alemán, pero yo me imaginaba la música, coloqué toda la mano en el diapason y rasgué las cuerdas, el sonido era sordo y yo entoné la única canción que me sabía.

Oiga compadre pancho
Lo que me pasa lo sabe Ud.
Que la negrita del rancho
Con el pulpero ayer se me fue
Ay mi compadre si Ud. la ve
Dígale por su hijito
Compadre pancho
Vuelva otra vez...